

## Capítulo 1. ¿Qué es conocer? ¿Qué es crecimiento?

Murray Holzman me enseñó a ser una buena conocedora. Él era mi padre. Fred Newman me ayudó a convertirme buena para el crecimiento. Él fue mi mentor y amigo. Creo que si les comparto sobre Murray y yo, y Fred y yo, tendrán una idea de lo que me refiero con conocimiento y crecimiento, y la manera en que logré distinguirlos.

Murray fue un hombre judío de clase obrera, nacido en Hoboken New Jersey de padres que llegaron a Estados Unidos de Europa del Este (ahora Belarus) justo antes del siglo XX. Fueron humildes vendedores ambulantes en la primera década del área metropolitana de Nueva York, pero “ascendieron” como muchos inmigrantes Judíos. Murray soñaba con ir a la universidad y convertirse en doctor, pero su padre murió, su madre enfermó y no había dinero. Trabajó en una serie de empleos en ciudades del noreste y cuando nací trabajaba en departamentos contables de negocios minoristas.

De mis memorias tempranas y fuertes de mi papá recuerdo los juegos que hacíamos cuando llegaba a casa del trabajo. Comía la cena en silencio (nosotros los niños comíamos antes de que llegara) y después llegaba mi momento de recitar los 50 estados en orden alfabético, o en orden cronológico desde el tiempo en que se convirtieron en estados, o nombrar las 50 capitales. Si las decía correctamente, me daba un cuarto de dólar o un dólar, dependiendo de qué tan difícil era la tarea. Pronto aprendí a amar el juego de conocer.

Murray me enseñó a amar al béisbol. Para él—y por lo tanto para mi en mi niñez—el amarlo incluía conocerlo. Cuando llevaba a mi hermano y a mi a los juegos, junto con nuestros hot dogs, teníamos una tarjeta de puntuación y meticulosamente llenamos los detalles de cada jugada y jugador. Ya no lleno tarjeta de puntuación, pero aun creo que gran parte de amar al béisbol es conocer el juego y a los jugadores.

Quizá piensen que, dado que a Murray le gustaba conocer, él tendría grandes expectativas para mi en la universidad, que sería muy inteligente, y tendría una carrera exitosa, se equivocarían. No fue una persona intelectual que leía libros o seguía los eventos del día, o que se colocara en situaciones para ver y aprender cosas nuevas. No me empujó a alguna dirección en particular. Creo que simplemente gozaba del juego de conocer y quería que lo disfrutara igual.

Aun así fui buena estudiante, fui a la universidad y continué hasta obtener un doctorado. Desarrollé el amor a conocer y, más importante, la curiosidad respecto a cómo se crea. ¡Descubrí

que deseaba ser una creadora de conocimiento! De hecho, investigadora en psicología. Murray murió justo mientras dicho entendimiento llegaba a ser. El pareció complacido.

Como hombre judío de clase obrera, Fred no fue tan ordinario. Nació en el Bronx de Nueva York en una familia de clase trabajadora que cayó en pobreza cuando su padre murió repentinamente. Fred fue muy inteligente pero un estudiante mediocre, tímido socialmente pero ingenioso, creativo y servicial con otros. Vendió zapatos, trabajó en un taller de máquinas, realizó servicio militar en la guerra de Corea, fue a la universidad City College con el GI Bill, y después obtuvo su doctorado en filosofía en la Universidad de Stanford.

Fred se dedicó a enseñar filosofía. Amaba enseñar y era muy buen educador, solo que lo despedían constantemente. Esto puesto que dio las máximas calificaciones a sus alumnos. En esta época ser estudiante excusaba a jóvenes a ser enviados a la guerra de Vietnam, y Fred quería asegurarse que de ninguna manera contribuyera a que sus estudiantes masculinos fueran expulsados. Después de algunos años de esto, Fred dejó su último trabajo como maestro en la universidad de City College en Nueva York, y con unos cuantos alumnos comenzó a organizar en las comunidades de clase obrera de la ciudad. Estaba politizado y la torre de marfil académica le resultaba sofocante.

Fred y sus seguidores organizaron a gente en condiciones de pobreza para luchar por sus derechos. Crearon clínicas de salud y escuelas gratuitas. Leyeron a Karl Marx y otros pensadores y líderes comunistas y socialistas. Se reunían con grupos de izquierda. Fred creó un tipo de terapia radical que llamó terapia social. Creció de su propia experiencia exitosa al participar en terapia, de su comprensión respecto a cómo nuestra sociedad nos enferma, y su creencia respecto a cómo las personas podemos transformar quién “somos” puesto que es nuestra actividad la que crea cómo pensamos y cómo nos relacionamos con nosotros mismos y con otros—en otras palabras, no es “mente sobre materia” sino “materia sobre mente.”

Conocí a Fred a los treinta años, acababa de completar mi investigación de doctorado y comenzaba mi primer trabajo de postdoctorado como asociada en investigación en el Laboratorio Comparativo de Cognición Humana en la universidad Rockefeller, en la ciudad de Nueva York. Recibí una invitación para escuchar la charla de Fred sobre “Marxismo y Enfermedad Mental”. La persona que me invitó pensó que me podrían interesar las ideas de Fred, y ¡no se equivocó! Aún cuando no sabía ni de Marxismo o enfermedades mentales, reconocía buenas ideas al escucharlas, así como a un tipo inteligente al verlo. Él era un gran creador de conocimiento, pensé. Tan bueno como cualquiera de mis mejores profesores, y más. El “más” era la pasión de Fred y su postura política—las cuales no ocultaba en absoluto. De acuerdo a Fred, Freud era brillante, pero estaba mal respecto a los seres humanos y el cómo descubrir cosas sobre nosotros

Holzman, L. (2014). *Chapter 1. What's Knowing? What's Growing?*. The Overweight Brain. Recuperado el 21 de Noviembre de 2017 de <http://loisholzman.org/2014/01/the-overweight-brain-chapter-1/>.

y cómo ayudarnos cuando estamos en problemas. La ciencia social estaba en crisis, decía Fred, muy por detrás de la física y las ciencias naturales, e ignorante respecto a concepciones importantes en la filosofía de la ciencia y lenguaje. La sociedad está en crisis, decía, con la disciplina de la psicología apoyando a una economía y cultura de riqueza desigual y creando una psicología de masas pasiva e individualismo aislado.

Después de esta plática hablé con Fred en varias ocasiones y formé parte de su grupo de estudios. Para el siguiente año, él y yo trabajamos cercanamente para crear un instituto independiente para desarrollar la terapia social, investigarla, escribir sobre la misma y llevarla a líneas centrales de psicologías progresistas y alternativas. Continuamos dicha colaboración por treinta y cinco años, hasta que murió en el 2011.

No me tomó mucho descubrir que este hombre que conocía tanto no buscaba conocer. Simplemente no creía que el camino para una mejor salud mental o mejores escuelas o una mejor familia o un mundo sin pobreza o guerra se lograría al conocer el qué hacer. Nunca podríamos adquirir el suficiente conocimiento para saber qué hacer—no por falta de inteligencia, sino porque es imposible conocer dichas cosas.

Las preguntas de Fred no eran respecto a conocer. No preguntaba, “¿Qué sabemos al respecto?”, preguntaba, “¿Qué vimos? ¿Qué hicimos? ¿Qué podemos construir? ¿Qué podemos crear? ¿Qué podemos organizar? ¿Cómo podemos crecer?” Como terapeuta, le preguntaba a sus clientes cómo podría ayudar; él—sin posibilidad alguna—podría saber. Ellos tendrían que crear una relación de apoyo y el apoyo. Fue así que comenzaba la conversación improvisada. Como maestro y capacitador, preguntaba a los alumnos cómo podría ayudarlos a aprender lo que tuvieran que aprender; él—sin posibilidad alguna—podría saber. Tenían que crear el ambiente para aprender y el aprendizaje. Fue así que comenzaba la conversación improvisada. Como organizador comunitario y político, preguntaba a la comunidad qué tendrían que responder ante una situación específica; él—sin ninguna posibilidad—podría saber. Ellos tendrían que descubrirlo juntos. Fue así que comenzaba la conversación improvisada.

Como hábil improvisador, Fred me trató, y también a cualquiera que tuviera contacto con él, como improvisadora. El platicar era un acto creativo, no un intercambio comunicacional. En una conversación eventualmente te encontrabas diciendo cosas que no tenías idea que estabas pensando hasta que salían de tu boca. (¡Usualmente esto sucedía después de terminar de decir cosas inteligentes basadas en tus conocimientos!)

Fred usaba lo que sabía en servicio de crear, ya sea una conversación íntima, un nuevo significado, un descubrimiento en mutuo entendimiento, una aproximación innovadora a un

tema, a un producto o a una nueva táctica. Como compañera intelectual en materias psicológicas y filosóficas, aprendí a apreciar como al operar por medio del conocimiento como prioridad—y no solo como un medio a un fin, pero también como un fin en sí mismo—atrapa la creatividad y la disposición a tomar riesgos, nos mantiene a nosotros y a nuestros sueños pequeños, y nos frena de continuar creciendo y aprendiendo nuevas cosas. También aprendí una manera de usar mi conocimiento para crear algo ajeno y diferente a lo que sé. He llegado a llamar a esta manera de estar en el mundo consigo mismo y con otros como “crecimiento sin conocimiento”.

Tanto Murray y Fred me dieron lo que tenían para dar, y fueron buenos y amaron a otros por esto. Me dieron un amor al conocimiento y la aspiración y la habilidad para crearlo—y el apoyo y las herramientas para experimentar sus limitaciones y transformarme de una creadora de conocimiento a una creadora de crecimiento.

\*\*

Les podría sorprender saber que los creadores de crecimiento no son una especie rara. Al contrario, pueblan el planeta. Con excepciones raras, cada familia tiene un creador de crecimiento. Los llamamos padres o cuidadores. Dejen me explico.

Cuando los bebés nacen no conocen mucho de nada. No saben qué son las cosas y qué hacer con ellas, o cómo se llama nada ni nadie. No saben qué es conocer—¡ni siquiera qué lo es! Aun así crecen a pasos agigantados. En cuestión de un año o dos desarrollan muchísimas formas de interactuar con los objetos y personas del mundo. Se transforman en compañeros de charla, balbuciendo y diciendo pocas palabras “reales”. Crean significado de la mayoría de lo que ven y escuchan en su entorno. Desarrollan gustos y desagrados, y maneras de relacionarse a las cosas que encuentran placenteras y las cosas que encuentran desagradables o que les causan temor. Están a tiempo completo en la modalidad de crecimiento sin conocimiento—en donde el aprendizaje y el desarrollo se forman en conjunto el uno con el otro.

¿Cómo lo hacen? No es como si decidieran no conocer. Aun si están programados para el desarrollo humano, no existe la posibilidad de hacerlo por su cuenta. No, los bebés y niños pequeños realizan su crecimiento sin conocimiento en relación con otros. Nosotros los adultos (y otros niños) hacemos posible su crecimiento. Simplemente no nos relacionamos a ellos como concedores. Esto quiere decir que no nos relacionamos con ellos ni en términos de lo que pensamos que conocen ni de lo que pensamos que no conocen. (No hablamos con ellos porque no saben cómo hablar, ni tampoco les decimos, ¡No hables hasta saber cómo hacerlo! Toma este libro de gramática y diccionario.”) No. Lo que hacemos es relacionarnos con ellos como quien se desarrolla, como quien crece, como quien deviene. No solamente como quién son y lo que son

Holzman, L. (2014). *Chapter 1. What's Knowing? What's Growing?*. The Overweight Brain. Recuperado el 21 de Noviembre de 2017 de <http://loisholzman.org/2014/01/the-overweight-brain-chapter-1/>.

capaces de hacer en este instante, pero también como en quienes serán y en lo que pronto crecerán y lo que pronto aprenderán hacer. Esto es lo que hacemos cuando les damos de comer con la cuchara en avioncito, cuando les ayudamos a menear la mano para despedirse, cuando leemos un cuento infantil con ellos, y sostenemos un flujo constante de charla durante la mayoría del día.

¡Funciona! Los bebés y niños pequeños se convierten en muchas cosas—capaces de hablar, de rayar, caminar, de “bailar”, “cantar” y “leer”. Aprenden vía el desarrollo. Se convierten en aprendices. Cuando el conocer no es una variable en la ecuación, cuando no domina una relación, es cuando aprendemos mejor.

Y sin embargo, esta manera de relacionarse no dura. Actividades de crecimiento sin conocimiento retroceden para abrir espacio para aquellas dedicadas al conocimiento, típicamente al momento de comenzar la escuela (que en estos días puede ser desde preescolar). Puesto que los bebés y niños pequeños son tan buenos para aprender, pronto aprenden el juego de conocer que conforma nuestro sistema educativo. Sin importar que sean buenos o no, aprenden a valorarlo. Cuando esto sucede, el aprendizaje es separado del crecimiento y atado al conocimiento, y ya no aprendemos tan bien.

Además ya no imaginamos tan bien, y sin imaginar limitamos cómo experimentamos, y al limitar cómo experimentamos, limitamos cómo aprendemos. En la niñez temprana, la línea entre realidad y fantasía es fluida, lo que permite que nuestras experiencias de imaginación se influyeran la una a la otra. Jugar a ser superhéroes o animales en el zoológico construye y transforma elementos de las experiencias de los niños y crean algo nuevo en ellos, algo diferente a lo experimentado. Lo que a su vez es otra experiencia. Con la cual potencialmente aprendemos de ella y desde ella.

La ironía de crecer es que nuestra mayor riqueza de experiencias no es usada por nuestra imaginación para crear experiencias nuevas. Esto puesto que la línea entre realidad y fantasía se vuelve rígida, y “lo real” llega a dominar nuestras vidas. “Oh pero eso no es posible. No podría suceder. Los perros no mugen. Los números no bailan. Los árboles no hablan.” Nuestras imaginaciones muy seguidas son limitadas por “la realidad”—lo que significa que terminamos pensando en pequeño. Tan pequeño que cambios menores son considerados “revolucionarios”—cuando lo que producimos es una leve reforma de un sistema. (El ejemplo más obvio aquí es la reforma educativa. Más de esto en el capítulo 7). Tan pequeña que tanto líderes empresariales, agentes de cambio social y hasta quien compra un auto se les invita a “pensar fuera de la caja”.)



“Pensar fuera de la caja” no es suficiente. Necesitamos abandonar la caja definitivamente. Necesitamos “pensar sin caja”.

Obviamente no podemos. No completamente. Pero esta bien, ya que desarrollar nuestra persona y nuestro mundo no depende de que realmente pensemos sin una caja. Radica en si podemos imaginar que podemos.